

## A la altura de los tiempos

El gran público español conoce a Pedro Sainz Rodríguez, el singular y admirable personaje que desde hoy nos falta, sobre todo como político. Lo fue, aunque como él mismo no se ha cansado de decir, muy a su pesar. Se dedicó a la acción política por sentido del deber. Si bien él, siempre tan irónico acerca de sí mismo, prefiriera expresarse en otros términos: decía que desembarcó en la política porque no tuvo otro remedio.

De esta faceta de su personalidad yo destacaría tres constantes biográficas ejemplares. El amor a la libertad, que en su profundo pensamiento de historiador era la mayor urgencia española del siglo XX; no contradecía las líneas maestras de nuestra Historia, sino que ponía los relojes nacionales a la altura de los tiempos: la gran libertad espiritual de los místicos españoles del Siglo de Oro; el espíritu de liberación que animaba a la Corona y a la política española en el descubrimiento y colonización de América; la ilustración sabia del siglo XVIII; la agilidad mental y literaria de todos esos escritores de izquierda, o que se creían serlo, desde el 98 en adelante, con los que apenas Sainz le unía una buena amistad personal e intelectual, y de la que no se recataba el gran hombre de la derecha que era él en una España dividida. Ese amor a la libertad se manifiesta en su oposición a la dictadura de Primo de Rivera, a la que no negó, sin embargo, en su momento la colaboración independiente y crítica de aceptar un escaño en la Asamblea Nacional. Por el mismo amor a la libertad fue el promotor y uno de los principales portavoces del acercamiento de los intelectuales castellanos a Cataluña y a lo catalán en 1930. Por fin, ministro de Educación durante la guerra civil, estableció la libertad en la Enseñanza Media. Luego recuperó la suya, y como el régimen no seguía la línea de restauración de la convivencia nacional que sólo podría lograr la Corona, se ausentó de España y fue durante muchos años una de las personas que más cerca estuvieron del Conde de Barcelona.

Sainz no fue a Portugal para inspirar a Don Juan. Estaba en relación con él desde siempre y vivía ya en Portugal cuando Don Juan se trasladó allí. Sainz no fue nunca un conspirador del siglo XIX, sino un leal convencido



de que la Monarquía era necesaria para que España continuara su Historia. Había advertido que el titular de la Corona, que entonces era Don Juan, entendía bien esa función histórica. Pero Sainz no era un mentor ni el Conde de Barcelona necesitó nunca andaderas. Junto con la libertad, la lealtad monárquica fue la segunda constante: con Alfonso XIII, quizá más en el destierro que cuando estaba en España; después, con Don Juan, y también, desde su más tierna infancia, con el actual Monarca, Don Juan Carlos.

La otra gran pasión de Pedro Sainz, no tercera ni segunda, porque no se pueden establecer jerarquías, era España. Pero España, con su Historia, con su literatura, con todo su pasado de gloria y de dolor. Sainz fue siempre un español total y el intelectual que mejor entendió capítulos enteros de nuestra Historia, que para él era una parte sustancial de nuestro ser. Pedro Sainz Rodríguez es uno de esos pocos ciudadanos que es preciso haber conocido, o que hay que estudiar, para comprender cómo son las cosas de España hoy tal como esas cosas son.

Antonio FONTAN